

Don Julio Alvaro Santa María Santa María

Es un deber de gratitud del Instituto recordar a aquellos profesionales que se han destacado en las múltiples actividades de la Ingeniería. Grandes servidores públicos, magníficos organizadores y directores de empresas, maestros eminentes de las Universidades, ingenieros que hacen del bien colectivo la norma de su vida, van enriqueciendo con sus acciones el acervo espiritual de nuestra institución. El relieve intelectual y moral de sus figuras constituye la tradición que orienta a las generaciones futuras y es garantía del progreso continuado y fecundo de la profesión.

Entre estas figuras que es preciso recordar, don Julio A. Santa María Santa María, por su recia personalidad moral, por la rectitud de su carácter, por el desinterés personal de sus actuaciones, merece un homenaje especial del Instituto de Ingenieros.

Entroncado con la historia de Chile por su abuelo el Presidente don Domingo Santa María, don Julio aparece además vinculado estrechamente a los aspectos fundamentales del desarrollo de la Ingeniería propiamente chilena. Su abuelo, el Presidente, procuró crear la Dirección de Obras Públicas y ya en 1883 decía al hablar en la apertura del Congreso: "No es menos premiosa la necesidad de dar nueva organización al Cuerpo de Ingenieros Civiles y crear la Dirección de Obras Públicas. De esta manera se les dará unidad, se facilitará su ejecución y se economizarán gastos".

Si bien el Presidente Santa María, algún tiempo después, envió al Congreso el respectivo proyecto de ley, la Dirección de Obras Públicas sólo fue creada a principios de 1888, bajo la Presidencia de Balmaceda. Fue su primer Director General don Domingo Víctor Santa María Márquez de la Plata, padre de don Julio A. Santa María y una de las personalidades de mayor figuración en el campo profesional chileno cuya acción en múltiples actividades públicas y como catedrático de la Universidad de Chile es recordada hoy día por muchos ingenieros que fueron sus subalternos o sus alumnos.

Don Julio A. Santa María, heredero de esta tradición, honró a su vez nuestra profesión durante cerca de cuarenta años de ejercicio activo en los más variados aspectos de la Ingeniería y legó esta tradición engrandecida, a tres de sus hijos que hoy se destacan en diversas empresas nacionales.

Don Julio A. Santa María nació el 17 de mayo de 1884, en casa de su abuelo, que "sencillo y modesto en sus hábitos, al asumir la presidencia siguió habitando su antigua casa de un piso y tres patios, situada en la esquina sur de las calles de Santo Domingo y San Antonio, sin alterar la vida patriarcal heredada de sus padres".

Pocos años después, al fallecimiento de su abuelo, la familia se trasladó a

una modesta casa al poniente de la acequia Negrete —hoy Avenida Brasil—, en un sector que en esos tiempos constituía los aledaños de la ciudad. Comisionado su padre a Europa por el Gobierno de Balmaceda, la familia residió poco más de dos años en París, regresando a Chile a comienzos de 1892.

Don Julio inició sus primeras letras y los estudios elementales en diversos colegios regentados por señoritas, típicos de aquella época. Cursó humanidades en el Instituto Nacional y los estudios de Ingeniería, durante los cuales fue un alumno aventajado, en la Universidad de Chile, egresando de dicho plantel en diciembre de 1905.

Sus primeros trabajos como ingeniero los realizó en la Inspección Fiscal del Alcantarillado de Santiago, bajo las órdenes del reputado ingeniero y profesor don Gerardo van Broekmann.

Con posterioridad trabajó en forma independiente en diversas actividades profesionales, desempeñó durante dos años la cátedra de Hidráulica Teórica, como suplente del profesor van Broekmann, y viajó a Europa en 1911.

En 1913 ingresó a los Ferrocarriles donde le cupo una intervención destacada en la reorganización de la Empresa como jefe del Departamento de Tracción y Maestranza, cargo que desempeñó hasta 1917.

A partir de ese año y en diversas oportunidades ocupó situaciones de importancia en la industria salitrera. Sub-Administrador General de la Compañía de Salitre de Antofagasta, Sub-Gerente de la misma empresa, Sub-Gerente y Gerente de la Asociación de Productores de Yodo, primer Gerente General de la COSACH, simultáneamente con el cargo de Gerente de la Asociación de Productores de Salitre, y Gerente de la Lautaro y de la Anglo-Chilean.

Su amplia acción en el campo del salitre representa una de sus actuaciones más sobresalientes como ingeniero. Pero don Julio A. Santa María, en un momento en que la Ingeniería parecía exclusivamente preocupada de las faenas extractivas y de las industrias derivadas de la Minería y de la actividad de construcción de grandes obras públicas, también formó parte del grupo selecto de profesionales que intuyeron las posibilidades de nuestro desarrollo industrial. Fue administrador de la Refinería de Azúcar de Penco que gracias a su acción se fusionó poco tiempo después con la Refinería de Azúcar de Viña del Mar, de la cual fue nombrado Sub-Gerente; director y Gerente de la Cía. Electro-Siderúrgica de Valdivia; Gerente de la Sociedad Matadero Modelo de Valparaíso; a todas estas empresas aportó el acervo de su capacidad y experiencia impulsando su desarrollo activamente.

Al término de su vida profesional, recién formada la Corporación de Reconstrucción y Auxilio, fue designado Gerente Técnico, cargo que desempeñó durante el período de mayor actividad de este importante organismo. En noviembre de 1943, con su salud quebrantada, se retiró a la vida privada en medio de los suyos.

Casado a temprana edad con doña Ana Santa Cruz Wilson, formó un hogar modelo al cual consagró sus mejores desvelos. Le sobreviven nueve hijos, una mujer y ocho varones que ejercen las más diversas profesiones con el mismo sello de seriedad y honestidad que fuera una de las características más notables de don Julio. Rodeado del cariño de todos ellos, dedicó los últimos años de su vida a una

intensa labor literaria, dejando tras de sí una serie de muy variadas obras inéditas que hoy día los suyos conservan como un preciado tesoro.

Don Julio A. Santa María destacó su clara y definida personalidad en todas sus actuaciones. Colaboró en muchas acciones de bien público, en el Instituto de Ingenieros, del cual fue Director, en el Consejo de la Sociedad de Fomento Fabril en cuyo seno defendió la conveniencia y necesidad de una Política Eléctrica Chilena por la cual luchaba nuestro Instituto, en la Junta General de Aduanas, a la que perteneció durante doce años consecutivos aportando a sus decisiones la vasta experiencia adquirida en las empresas que dirigió.

Pundonoroso y cumplidor de sus obligaciones, toda su vida estuvo ceñida a un rígido código de ética que muchas veces lo hizo abandonar situaciones expectables frente a la posibilidad de tener que transigir con actuaciones que no correspondían a su modo de pensar. Su estructura moral lo alejaba de todo aquello que no tuviera un valor intrínseco; enemigo de lo superficial, de lo inexacto o de lo superfluo, le gustaba la seriedad en las acciones y la precisión en las informaciones de quienes debían tratar con él. Su rectitud extrema no le permitió jamás actuar por conveniencia personal.

Entre los rasgos de su personalidad es necesario recordar su profundo sentido social y su preocupación por sus colaboradores más modestos, en una época en que las ideas de convivencia humana dentro de las empresas eran prácticamente desconocidas. Este modo de ser de don Julio no era sino el reflejo exterior de su temperamento profundamente sentimental, de muchos afectos, que hizo de él un jefe de hogar cariñoso, consagrado con devoción a los suyos.

Este hombre ejemplar quizá no ocupó las situaciones públicas sobresalientes a que sus méritos lo hacían acreedor. Por ello, podrían decirse de él, las palabras de Bossuet:

“Haber merecido las dignidades y haberlas rechazado es una nueva especie “de dignidad que merece ser celebrada con toda clase de honores”.